

Estas dos fotos corresponden a momentos en que Hess se hallaba en la cima de su poderío político. Hitler le había designado

¿ESTA LOCO?

HESS, EL

A medida que avanzamos, las advertencias se vuelven más amenazadoras: «Atención, peligro»; «No acercarse, los guardias disparan a dar».

Imposible llegar más lejos. Las ametralladoras de las torres de vigilancia giran apuntándonos, los centinelas dan la alarma, los máuseres nos enfilan. Además, ¿quién se arriesga a franquear esta barrera de alambres espinosos por la que pasa una corriente de alta tensión, y esta franja de césped cuya corta hierba apenas oculta el suelo minado?

Esto es Spandau, la antigua prisión militar alemana convertida desde 1947 en la cárcel de los criminales de guerra. El gigantesco edificio de ladrillo está ahí. Siniestro, con su muro circular de cuatro metros y medio de altura y ciento ochenta metros de longitud, esmaltado de torretas y pasarelas: en el centro de una yerma tierra de nadie, donde los habitantes de los suburbios de la zona británica cultivan como pueden unas legumbres y, durante el verano, vienen a beber cerveza.

Los perros ladran y tiran furiosamente de sus cadenas. Es necesario batirse en retirada y ganar la iglesia de Santa Eduvigis, muy próxima, donde desde lo alto del campanario y con la complicidad del campanero, nos acercamos, gracias a nuestros prismáticos, al hombre que buscamos.

Este hombre aparece de pronto en la ventana de una celda. Cara muy pálida, cabeza rasurada con reflejos blancos, mirada atónita, estupefacta. ¿Quién es capaz de reconocer en este anciano vestido con uniforme de penado al brillante Rudolf Hess, que fue el delfín de Hitler y el tercer hombre —después del Führer y Goering— del III Reich?

UNA AVENTURA FANTASTICA QUE NADIE HA OLVIDADO

De los miles de criminales de guerra que pasaron por allí, él es el último que queda en esta fortaleza



su "delfín". Entre ellos había una profunda simpatía nacida en los años de la lucha nazi por la conquista del Estado alemán.

ULTIMO DE SPANDAU

de pesadilla: solo entre las 586 celdas vacías, con 200 personas para servirle y 40 soldados y policías para guardarle.

Hace unas horas, el 1 de octubre, sus dos últimos compañeros de cautiverio, Von Schirach, el antiguo jefe de las Juventudes Hitlerianas, y Speer, el antiguo ministro de Armamento, se han ido. Hess no saldrá nunca.

De todos los criminales de guerra, es el único que los ingleses y los norteamericanos —que le salvaron la cabeza— no han podido arrancar a los soviéticos, que habían jurado colgarle y que, tal vez, aún no han renunciado a ello.

¡Rudolf Hess! ¿Quién ha olvidado su fantástica aventura —nunca puesta en claro totalmente— que fue, sin duda, la más extraordinaria de la segunda guerra mundial?

Es el 11 de mayo de 1941. Un domingo. «El día más negro de mi vida», diría más tarde Winston Churchill. En la noche del 10 al 11, Londres había sufrido un «raid» de una violencia terrorífica. «Jamás habíamos conocido nada semejante desde el «gran incendio» del siglo XVIII», dijeron los periódicos.

Manzanas enteras arrasadas. Miles de muertos. Los bomberos y los servicios de seguridad se ven desbordados. «Londres arde», repite la radio.

EL BOMBARDEO ARROJA A TIERRA UN RARO PILOTO

Destrozado por los informes que le llegan de hora en hora, en su residencia del condado de Oxford, donde pasa el fin de semana, Churchill se ha acostado al amanecer. A las dos del día siguiente toma el desayuno en compañía del general Ismay, su jefe de Estado Mayor; Brendam Bracken, uno de sus hombres de confianza, y el profesor Lindemann, su consejero científico. Después del té, la copa y el puro

Churchill veía una película; Hess llega

tradicionales, y a pesar de la tragedia que se vivía en aquellos momentos, Churchill respetaba otra costumbre a la que jamás había renunciado: la película de su fin de semana. Por una ironía del destino, aquel domingo era una película cómica: «Los hermanos Marx en el Oeste».

«No podía evitar sentirme feliz con este pasatiempo», escribiría más tarde en sus «Memorias».

La proyección acaba de comenzar cuando, de pronto, suena el teléfono en el despacho vecino. La secretaria de guardia, Mary Shearburn, se acerca a la oreja del primer ministro y le susurra al oído que el duque de Hamilton tiene que hablarle personalmente.

—Vaya usted a ver lo que quiere—dice Churchill a Brendam Bracken.

Vuelve Bracken al cabo de un instante, agitadísimo. Sin poder dominar su emoción lanza con voz ronca:

—Lo que dice el duque es asombroso, increíble.

Se enciende la luz. La proyección se interrumpe. Churchill, de mala gana, pasa al saloncito de las secretarias.

—«¡Alló!» ¿Douglas? Churchill al aparato. ¿Qué es eso tan importante que tiene usted que decirme cuando Londres arde por los cuatro costados?

—Rudolf Hess acaba de tirarse en paracaídas sobre mi casa. Viene a ofrecernos la paz.

Churchill muerde su cigarro:

—¿Está usted seguro de que es él?

—Casi seguro.

—Está bien. Tome uno de sus aviones y venga inmediatamente.

Churchill vuelve a su sitio y la proyección continúa.

«Así, en plena guerra —escribió Churchill—, Hess, lugarteniente del Führer, ministro consejero de la Defensa del Reich, miembro del Consejo secreto de Alemania y jefe del partido nacionalsocialista, ha descendido, solo, en paracaídas, cerca de la finca del duque de Hamilton, en Escocia. ¡Era como si Eden, mi fiel colaborador en Asuntos Extranjeros, apenas un poco mayor que Hess, hubiera saltado en paracaídas desde un Spitfire robado, en las proximidades de Berchtesgaden!»

ATIBORRADO DE MEDICINAS E ILUSIONES, HESS APARECE

«Hess se ha vuelto loco.» Este fue el primer pensamiento que les vino a la mente a los que acompañaban a Churchill. («Si yo tuviese un hijo—le había dicho Hitler—, me gustaría que fuese como tú.») Después se preguntan: «¿Quién es realmente este Rudolf Hess, del que creemos saberlo todo y no sabemos nada?» El personaje es un auténtico misterio.

Inglés por su madre, su primera lengua fue la inglesa y fue educado a la inglesa en Egipto durante el dominio británico. A los doce años jugaba al *cricket* y sus primeros e infantiles camaradas de juegos se llamaban Mary y Thelmo, y no Gertrud o Ursula. Más tarde estudió en Oxford y no en Heidelberg. Admira a la Gran Bretaña. Y la odia. La odia tanto como a Francia, por la que siente una aversión enfermiza. En la primera guerra mundial participa como piloto aéreo y sus más grandes victorias (siete aviones abatidos) las consigue contra aviadores británicos.

La derrota de Alemania le llena de rabia y coraje. «Alemania no fue vencida; fue traicionada.» Sueña con la revancha. Espera al hombre que salve al país. «Vendrá —repite—. Somos millones de alemanes los que le esperamos.»

En este muchacho tan calmoso, tan frío, hay algo de iluminado, de místico. Es muy atractivo y arrogante. Le llaman «el Caballero», «el Arcángel».

Y el hombre esperado aparece: es Adolfo Hitler.

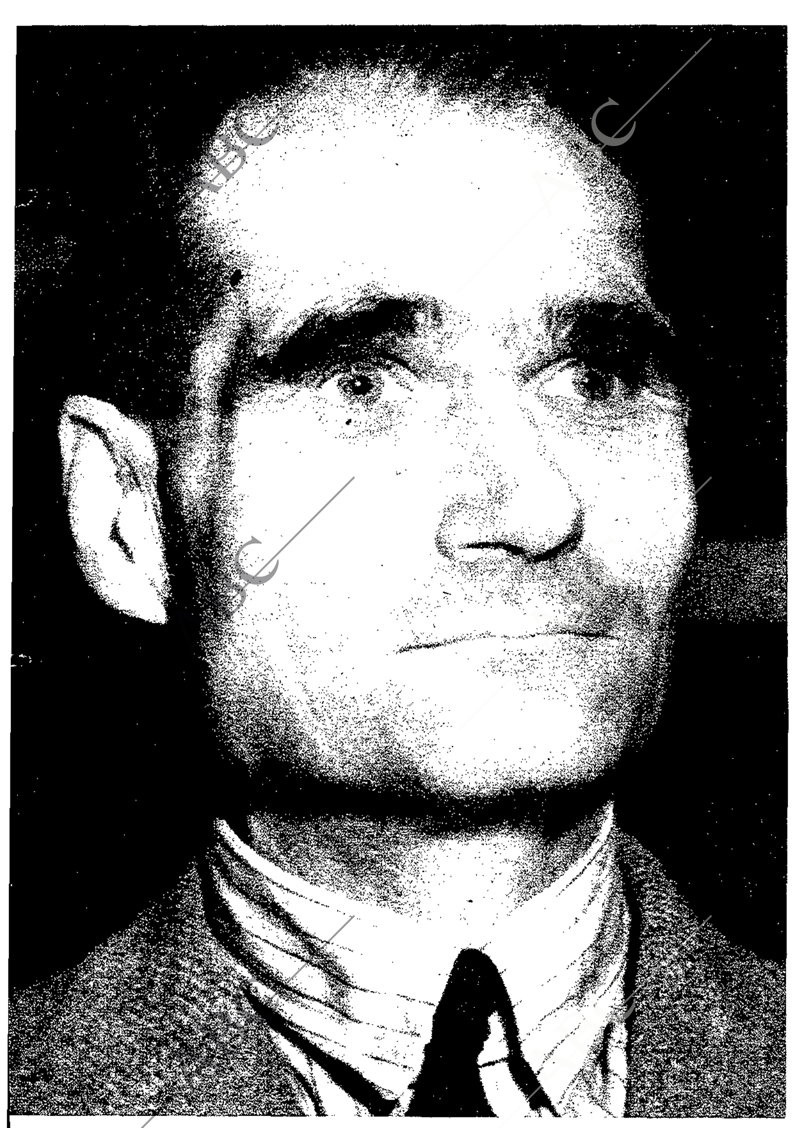
Hess está como deslumbrado. Es San Jorge en persona el que se le aparece. Inmediatamente se adhiere al partido nacionalsocialista. «Hitler es, sencillamente, la encarnación pura de la razón», dice después de haberle escuchado. Siente por su jefe una pasión frenética. Cuando el fracasado «putsch» de Munich, se lanza sobre Hitler para protegerle con su cuerpo. Hitler le hace en seguida su secretario. Detenidos los dos, pasan dieciocho meses juntos en una celda de la fortaleza de Landsberg. Hitler escribe «Mein Kampf». «Yo tomé buena parte en la redacción de esta obra», diría más tarde Hess. Y Hitler lo confirmaría. El futuro Führer siente un verdadero cariño por su compañero de lucha, siete años más joven que él. «Si yo tuviera un hijo me gustaría que fuese como tú.» Le hará en seguida su delfín. Y le confía el puesto clave en el seno del partido: la Policía secreta, no solamente del partido, sino de todo el país. Rudolf Hess se convierte en la «conciencia» del nacionalsocialismo.

Fue el propio Hitler quien escogió su mujer, «una alemana pura», y quien habrá de ser el padrino de su hijo, el pequeño Wolf, familiarmente Buz.

Mientras Goering y los más altos dignatarios del partido se entregan al desenfreno, Hess, «el ario puro», «el Arcángel», lleva una vida ejemplar. No vive realmente más que para su mujer, su hijo y Hitler, que es su dios. Sus rencores de niño rechazado por su madre, la cruel Albión, se disiparon en el cielo de Flandes. Vuelve a sentir de nuevo una sangre inglesa correr por sus venas. Y, desde 1933, luchando contra Ribbentrop, anglófobo furibundo, se esfuerza en hacer ver a Hitler que sólo mediante un acercamiento a Inglaterra puede asegurar la salvación de Alemania. Lo logró después de la cuestión de los Sudetes y después en Munich, donde no oculta su alegría por haber conseguido impedir «una guerra fratricida entre Alemania y Gran Bretaña».

Sin embargo, la amenaza de conflicto, aún subsistente, le afecta profundamente. El, «el puro», se torna nervioso, inestable. Como su amo Hitler, cae bajo la influencia de un «mago», Schulte Strathaus, que, no contento con iniciar en el yoga y establecer sus horóscopos, le atiborra de drogas y medicamentos.

Y se produce el efecto teatral del 1 de septiembre de 1939. A pesar de los esfuerzos de Rudolf Hess, la guerra está decidida y si sigue siendo la «conciencia del partido», es Goering el designado como segundo Führer. Hasta el 10 de mayo de 1940, Hess puede creer en un «alto el fuego» posible. Pero después en Dunkerque y el derrumbamiento de Francia habrá de renunciarse a toda esperanza. En septiembre de 1940, cuando se reñía la batalla de Inglaterra, Rudolf Hess intenta un último esfuerzo. Hace llegar al duque de Hamilton, al que había saludado dos o tres veces y con el que había simpati-



No volvió a ser retratado Hess desde que la sentencia de Nuremberg le encerró a perpetuidad en Spandau. Pero ya durante el proceso apareció como un hombre físicamente acabado: su extraña actitud parecía confirmar que estaba loco.



Ahora, en Spandau, el único prisionero que queda plantea una extraña situación. La inmensa prisión, en cuya guardia se relevan rusos, norteamericanos, ingleses y franceses, tiene 586 celdas vacías y exige el servicio de doscientas personas.

zado, una carta en la que le propone una entrevista en país neutral. ¿Ha sido interceptada esa carta? ¿Se abstuvo de contestar el duque? Misterio.

Fue entonces cuando Hess tomó la resolución más extravagante, más loca que pueda imaginar: la de ir él mismo a Escocia —solo, a bordo de un avión de caza— y proponer al duque de Hamilton la «paz blanca» con que sueña.

TRES INTENTOS ANTES DE EMPRENDER EL VUELO

El astrólogo Schulte-Strathaus habla perfectamente en serio:

—Saldrá usted en misión especial hacia el Noroeste y esta misión se verá coronada por el éxito.

Hess decide partir. La elección del aparato es cosa hecha. Es un «M.E. 110» bimotor, fabricado en Augsburgo por su antiguo camarada de escuadrilla de la guerra del 14: Willi Messerschmitt. El «M.E. 110» supera a los «Spitfires». Hess pide a Willi que transforme el biplaza en monoplaza, le añada un depósito suplementario y le equipe con un aparato de radio muy potente.

¿Está en el secreto Messerschmitt? Lo ha negado siempre, pero parece poco probable que no haya olido algo de la operación.

Después de una treintena de vuelos de entrenamiento, a finales de enero de 1941, Hess decide emprender su loca empresa. Tiene cuarenta y ocho años. Está cansado, enfermo. Más que nunca se halla bajo la influencia de su astrólogo curandero, que le «droga» y le carga de medicamentos. Pero su resolución es irrevocable. Pone en orden sus asuntos, se despide de su mujer y de su hijo y envía a su ayudante de campo, el capitán Karlheinz Pintsch, una carta «para entregar al Führer si no estoy de vuelta dentro de cuatro horas».

Pintsch abre la carta y lee: «Mi Führer, he salido para Inglaterra con objeto de hacer la paz...»

Pintsch, estupefacto, se dispone a salir de Augsburgo en dirección a Berlín cuando un ruido de motor le hace levantar la cabeza.

Es Rudolf Hess, que ha tenido que dar la vuelta a causa del mal tiempo.

Por la cara descompuesta de su ayudante, Hess adivina que se ha enterado de su mensaje secreto.

«Pues, desde luego, sí, he intentado ir a Inglaterra a proponer la paz. Estoy seguro de que soy intérprete de la voluntad del Führer. Nadie lo conoce como yo.»

Es el escritor inglés James Leasor quien, en su encuesta *The Uninvited Envoy* (considerada como el estudio más serio de este suceso extraordinario), nos revela estos hechos.

¿Ha sido advertido Hitler del proyecto extravagante de su «hijo espiritual»? Unos lo afirman, otros lo niegan.

Tras tres intentos desafortunados, Hess se juega el todo por el todo.

Es el domingo 10 de mayo de 1941. Se ha puesto uno de sus uniformes más elegantes, pero sin distintivos de mando, y se ha hecho conducir al campo en su «Mercedes» oficial. Se viste el traje de piloto, que tiene los bolsos atiborrados de medicinas, da de nuevo a su ayudante de campo la carta para entregar al Führer dentro de las cuatro horas siguientes a su salida y sube a bordo de su avión. Despega sin dificultad. Pero al cabo de media hora, al descubrir defectos en los mandos, regresa al campo.





A la izquierda y a la derecha, Albert Speer y Von Schirach, el uno, ex ministro de Armamentos del III Reich, y el otro, jefe de

«Inglaterra sucumbirá; debe aceptar la paz»

Se efectúan reparaciones. Y vuelve a partir. Son las nueve de la noche. En el cielo, todavía claro, se une a las escuadrillas que ronronean a 8.000 metros y pone rumbo a Londres, que va a sufrir esa noche el bombardeo más espantoso de toda la guerra.

A las diez de la noche, volando a 700 kilómetros por hora, se encuentra en la vertical de la costa, al sur de las islas Holy. Hay todavía demasiada claridad. Tiene que disminuir la marcha. A las diez y cuarenta, por fin, sobrevuela Dungavel, el castillo del duque de Hamilton.

¿Cómo este avión enemigo no ha sido localizado por los cazas británicos? Se ignora. Curiosa coincidencia: el propio duque de Hamilton mandaba la base de Turnhouse, que comprendía la zona de Edimburgo, de donde hubieran debido despegar los cazas de noche para derribarle.

Hoy se da por sentado que el «M.E. 110» fue perseguido y ametrallado; pero que, gracias a su rapidez de vuelo, consiguió escapar.

El final del fantástico «raid» nos lo cuenta Rudolf Hess: Había pasado muy bajo por los campos alrededor de Dungavel, buscando un sitio adecuado, con el propósito de aterrizar y luego prender fuego al aparato. Todavía no se había atrevido nunca a saltar en paracaídas. Pero, a pesar de que la noche es casi de plenilunio, tiene que renunciar a tomar tierra. Hay que hacer algo. Y rápidamente. El aparato, zumbando, casi roza el campanario de Strathaven y por poco se lo lleva por delante. Luego vuelve a tomar altura. A 500 metros Rudolf Hess se decide a saltar. Después de parar los dos motores y de soltarse el cinturón, pone el aparato en posición invertida y abre la carlinga. El aparato modera la marcha y, tras una prolongada vibración, cae como una piedra. Durante unos segundos pierde el conocimiento. Consigue arrancarse de su asiento y cae en la oscuridad. «Un último reflejo me hizo tirar de la argolla del paracaídas. Le oí crujir, abrirse...»

EL DUQUE DE HAMILTON ENCUENTRA A UN CONOCIDO

Le ve un campesino y le lleva al puesto de Policía. De allí le trasladan a Glasgow. Le encuentran encima, además de muchos medicamentos, papeles a nombre de Alfred Horn, capitán de la Lutfwaffe. Al ser interrogado pide ver al duque de Hamilton.

A las diez de la mañana del domingo 11 de mayo de 1941 llega el duque.

—¿Me conoce usted? —pregunta Hess.

—¡En absoluto! —contesta el duque.

Hess le dice quién es y le refresca la memoria. Se han encontrado antes de ahora, en los Juegos Olímpicos en Berlín, donde el duque fue invitado por el Führer. Y le revela el objeto de su misión.

—Como ministro del Reich, he querido demostrar que Alemania desea sinceramente hacer la paz. El





las Juventudes hitlerianas, hablan a la Prensa al salir de la prisión de Spandau. En el centro, un cartel de saludo les recibe.

Führer está convencido de que ganará la guerra. Pero yo quiero impedir una matanza inútil.

Hamilton, estupefacto y no muy seguro de reconocer a su interlocutor, dice que va a ir a Londres para ver al primer ministro.

—El Führer —puntualiza Hess— considera imposible tratar con Winston Churchill. Es preciso, ante todo, sustituirle a la cabeza del Gobierno.

Y le pide que mande cablegrafiar a Zurich que «Alfred Horn se encuentra bien» para tranquilizar a su familia.

Desde Edimburgo, Hamilton llama a Churchill y le informa de la asombrosa noticia. Hitler, por su parte, acaba de enterarse de la hazaña de su ministro. Y exclama: «¡Se ha vuelto loco!» Y luego, según James Leasor, añade con tono sarcástico: «Un paseo así, en plena guerra, podría terminar mal.»

Entre tanto, Hess ha sido trasladado a Londres y allí manifiesta a sir John Simon, canciller del Exchequer:

«Inglaterra sucumbirá irremisiblemente. La producción de borbarderos y de submarinos en Alemania es cada vez mayor. Dentro de poco tiempo, el bloqueo será tal que morirán de hambre cuarenta y cinco millones de británicos. América no piensa más que en ocupar el lugar de Inglaterra en los mercados mundiales. La proposición que yo he venido a hacer es que Inglaterra deje a Alemania las manos libres en Europa y Alemania, en cambio, dejará a Inglaterra las manos libres en su imperio, con la única condición de que nos devuelva nuestras antiguas colonias.»

Hess abriga la esperanza de provocar una crisis ministerial que implique la caída de Winston Churchill... y de ser recibido por el Rey.

Pero de la Torre de Londres, donde ha sido encarcelado, le trasladan al hospital militar de Abergavenny. Le creen loco. Sin embargo, los médicos —entre ellos el célebre doctor Moran, médico personal de Churchill— afirman lo contrario. Durante los cuatro años que pasará en Abergavenny será sometido a frecuentes reconocimientos psiquiátricos. Varias veces intentará suicidarse.

Estamos ya en el proceso de Nuremberg. El defensor, von Rohrscheidt, pide que se haga venir a un médico suizo para que dictamine sobre el estado mental de su defendido. Es rechazada la petición de on Rohrscheidt. Y el misterio subsiste totalmente.

En Spandau, la prisión militar de Berlín, son encarcelados los criminales de guerra. Rudolf Hess cruza sus puertas el 18 de julio de 1947 para no salir más. No ha vuelto a ver a su mujer ni a su hijo. Tiene setenta años y representa ochenta. Sombrío, taciturno —también allí ha intentado suicidarse—, apenas habla a sus guardianes y éstos le llaman «Rudi el Loco».

Psiquiatras y especialistas le han abandonado hace tiempo, no habiendo podido nunca determinar con exactitud «si estaba loco, si se fingía loco, o si simulaba la simulación de la locura».

Tal es el último ocupante de la siniestra fortaleza de Spandau. El más enigmático de los criminales de guerra expía allí su sueño de detener las matanzas de la guerra mundial desencadenada por su señor: Hitler.

Georges REYER

LA PRIMERA MONEDA DE PLATA DESDE 1900



La inmensa mayoría de los españoles aún no han tenido oportunidad de examinar en sus propias manos una moneda de plata de 100 pesetas, que días atrás fueron puestas en circulación. Y es probable que los 25 millones de piezas acuñadas pasen a engrosar las colecciones numismáticas u otras colecciones de simple ahorro. En el Banco de España se formó una larga «cola» el día en que los veinte duros en una sola moneda de plata fue lanzada a la vida social. Hacía 66 años que la Fábrica de la Moneda no emitía esta clase de dinero contante y sonante. Por si desaparece en un santiamén, tenemos la precaucación de ofrecer el anverso y el reverso de dicha moneda a nuestros lectores. Su composición es de 800 milésimas de plata y 200 de cobre. Pesa 19 gramos y fue puesta en circulación al cumplirse los 30 años de la exaltación del Caudillo a la jefatura del Estado.